

—Retírese usted un poquito de la puerta.

—No, porque usted abre mientras.

—No.

—¿No?

—Mi palabra de honor.

—¡Ay de usted si falta á ella!

—Y Elena se fué á colocar frente á las luces que iluminaban el espejo.

Perez no abrió más pero metió los dos ojos y las narices entre las hojas de la puerta.

Elena vió brillar los ojos de Perez como los de un gato, y como tenía la luz cerca no podía ver que Perez abría la puerta.

Perez tenía la conciencia de no estar espiando más que por un espacio de cinco dedos, los convenidos; pero por un movimiento secundario de que ni el mismo se daba cuenta, y absorto en su contemplacion iba abriendo poco á poco.

Elena que sabía que estaba haciendo un efecto magnífico y fiada en la palabra empeñada, se siguió viendo al espejo arreglándose las flores que adornaban su peinado, y dándose esos últimos toques, en los que la muger imita á la flor que rompe su broche y extiende sus últimos pétalos con una atención voluptuosa, para ostentarse en seguida en la plenitud de su hermosura.

Ya á Perez le cabía la cabeza, despues los hombros, despues los brazos, y por último de un solo brinco cayó de rodillas á los piés de Elena.

¡Oh poder atractivo de la hermosura!

Perez había sido una de esas partículas livianas de pluma, que la electricidad atrajo irresistiblemente.

Fué aquello tan rápido, que Elena se tragó el grito de ordenanza.

—Elena, Elena, es usted divina! ya

no puedo negarlo, sépalo usted todo, la amo á usted, la adoro con toda mi alma; y si usted se riera ahora de mí, me mataría de desesperación: no sea usted cruel, vea usted que nadie la ha de amar como yo.... y á ese paso tengo un horrible presentimiento. Me parece que la voy á perder á usted para siempre, Elena, pero por Dios no se alucine, prométame usted que va á ser reflexiva, está usted corriendo un peligro inminente con....

—Levántese usted, Perez; pronto, pronto.

—¿Pero me amará usted?

—Levántese usted.

—No, hasta que me diga usted una palabra, una sola, una esperanza.

—Bien, veremos, sienta pasos.

—¿Me amará usted?

—Pero no sea usted imprudente.

—¡Ah! dijo Perez levantándose y to-

mando entre las suyas una de las pequeñas manos de Elena y cubriéndola de besos, ¡qué buena es usted! gracias, gracias!

Elena sintió en su mano no solo los besos, sinó dos lágrimas á una temperatura de 80 grados.

—¡Está usted divina!

—¿Estoy bién?

—¡Encantadora! qué talle! ¡qué pecho!

—Chist, chist, bajito, amigo mío, bajito.

—¡Qué pecho! Dios mío! Es usted un ángel.

Elena se sonrió. Cada una de las frases de Perez, había caído á plomo en el cáliz de la vanidad de Elena; las saboreó, admitiéndolas con la convicción de que las merecía.

La gratitud de Elena tomó una forma rara.

Las mugeres tienen á veces un idioma intraducible, al grado de que si el hombre no fuera políglota en amor, se quedaría en ayunas.

La forma que tomó la gratitud de Elena fué ésta:

Con el pulgar y el índice rosados de su manecita, tomó como quien toma rapé, la pequeña piocha de Perez, haciendo con ella un ligero movimiento de oscilación, sostenido por cuatro segundos.

Perez pensó entretanto que se debe entrar al paraíso de Mahoma tirado de las barbas por dos deditos color de rosa.

FIN DEL TOMO V.

ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO I.—En el que se vé que el amor acaramelado de las mamás no es el más apropiado para criar héroes.	7
CAPÍTULO II.—En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, función y procesión de la virgen de la Merced.	23
CAPÍTULO III.—Sigue la colecta en la casa de Don Pedro María.	45
CAPÍTULO IV.—La comida en la casa de Don Pedro María, las primeras páginas de una historia triste. Chucho el Niño en la procesión.	61
CAPÍTULO V.—La sobremesa del chocolate en la casa de Don Pedro María.	99
CAPÍTULO VI.—Un bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir.	119
CAPÍTULO VII.—En el cual el curioso lector vuelve á encontrar á S. Juan Bautista.	147
CAPÍTULO VIII.—Un sueño de Chucho.—Rarezas.	167
CAPÍTULO.—IX Un negocio grave en la casa de Don Pedro María.	183